



La manzana en la oscuridad

Todos los derechos reservados.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Título original: *A maçã no escuro*
En cubierta: ilustración © Mariana Valente
En página 1: Clarice Lispector © P. y P. Gurgel Valente
Diseño gráfico: Gloria Gauger
© Paulo Gurgel Valente, 1961
© De la traducción, Elena Losada
© Ediciones Siruela, S. A., 2026
c/ Almagro 25, ppal. dcha.
28010 Madrid. Tel.: + 34 91 355 57 20
www.siruela.com
ISBN: 978-84-10183-44-5
Depósito legal: M-21.654-2025
Impreso en Anzos
Printed and made in Spain

Papel 100% procedente de bosques gestionados
de acuerdo con criterios de sostenibilidad

Clarice Lispector

LA MANZANA
EN LA OSCURIDAD

Traducción del portugués de
Elena Losada

 Siruela

Biblioteca Clarice Lispector

Índice

PRIMERA PARTE	
Cómo se hace un hombre	11
SEGUNDA PARTE	
Nacimiento del héroe	113
TERCERA PARTE	
La manzana en la oscuridad	183

«Al crear todas las cosas, él entró en todo. Al entrar en todas las cosas, se convirtió en lo que tiene forma y en lo que es informe; se convirtió en lo que puede ser definido y en lo que no puede ser definido; se convirtió en lo que tiene apoyo y en lo que no tiene apoyo; se convirtió en lo que es burdo y en lo que es sutil. Se convirtió en todo tipo de cosas: por eso los sabios lo llaman lo Real».

Vedas (*Upaniṣads*)

PRIMERA PARTE

Cómo se hace un hombre

Esta historia comienza en una noche de marzo tan oscura como lo es la noche mientras dormimos. Tranquilo, el tiempo transcurría como la luna altísima atravesando el cielo. Hasta que más profundamente tarde también la luna desapareció.

Nada diferenciaba ahora el sueño de Martim del lento jardín sin luna: cuando un hombre duerme tan insondablemente, pasa a no ser más que aquel árbol en pie o el salto de un sapo en la oscuridad.

Algunos árboles habían crecido allí con enraizada calma hasta alcanzar lo más alto de sus propias copas y el límite de su destino. Otros ya habían salido de la tierra como bruscos matorrales. Los parterres tenían un orden que buscaba concentradamente servir a una simetría. Si bien esta era perceptible desde lo alto del balcón del gran hotel, una persona que estuviera al nivel de los parterres no descubriría ese orden; entre los parterres el camino se detallaba en pequeños guijarros.

En una de las alamedas el Ford estaba parado desde hacía tanto tiempo que ya formaba parte del gran jardín entrelazado y de su silencio.

Sin embargo de día el paisaje era otro, y los grillos que vibraban huecos y duros dejaban la extensión enteramente abierta, sin una sombra. Mientras, el olor era el seco olor de piedra exasperada que el día tiene en el campo. Ese mismo día Martim había permanecido de pie en el balcón intentando, todavía, con inútil

obediencia, no perderse nada de lo que sucedía. Pero lo que sucedía no era mucho: en primer lugar la carretera que se perdía en suspenso polvareda de sol, solo el jardín apenas observable, comprensible y simétrico desde lo alto del balcón, enmarañado cuando se formaba parte de él, y este recuerdo el hombre lo guardaba en sus pies desde hacía dos semanas con cuidadosa aplicación, conservándolo para un uso eventual. Pero, por más atención que pusiera, el día era imposible de escalar; y como un punto dibujado sobre el mismo punto, la voz del grillo era el propio cuerpo del grillo, y no informaba sobre nada. La única ventaja del día era que bajo la luz extrema el coche se convertía en un pequeño escarabajo que fácilmente podría alcanzar la carretera.

Pero mientras el hombre dormía el coche se volvía enorme como se vuelve gigantesca una máquina parada. Y de noche el jardín era ocupado por la secreta urdimbre que sostiene la oscuridad, con un trabajo cuya existencia las luciérnagas inesperadamente traicionan; cierta humedad también denunciaba la labor. Y la noche era un elemento en el que la vida, porque se había vuelto extraña, era reconocible.

Esa noche, alcanzando el hotel vacío y adormilado, el motor del coche empezó a vibrar. Lentamente la oscuridad se había puesto en movimiento.

En vez de despertar y oír directamente, Martim pasó al otro lado de la realidad a través de un sueño más profundo y oyó el ruido que hicieron las ruedas escupiendo arena seca. Después su nombre fue pronunciado, destacado y limpio, en cierto modo agradable de oír. Fue el alemán quien habló. En el sueño Martim disfrutó del sonido de su propio nombre. En seguida el arrebatado grito de un ave, cuyas alas habían sido espantadas en su inmovilidad, como el espanto se parece a la gran alegría.

Cuando volvió a hacerse el silencio dentro del silencio, Martim se durmió aún más lejos. Aunque en el fondo de su sueño algo lanzaba un difícil eco, intentando organizarse. Hasta que, sin ningún sentido y libre de la incomodidad de necesitar ser comprendido, el ruido del coche se recompuso en su memoria con los detalles más agudamente discriminados. La idea del coche despertó una alerta suave que de momento no entendió, pero que ya había esparcido por el mundo una vaga alarma, cuyo centro irradiador era el propio hombre: «Así, pues, yo»,

pensó su cuerpo conmoviéndose. Continuó echado, gozando remotamente.

Hacía dos semanas aquel hombre había llegado al hotel, que encontró en medio de la noche casi sin sorpresa, porque la fatiga lo hacía todo posible. Era un hotel vacío, solo con el alemán y el criado, si es que era un criado. Y durante dos semanas, mientras Martim recuperaba las fuerzas en un sueño casi ininterrumpido, el coche permaneció parado en una de las alamedas, con las ruedas enterradas en la arena. Y tan inmóvil, tan resistente al hábito de incredulidad del hombre y a su cuidado de no dejarse engañar, que Martim había terminado por considerarlo a su disposición.

Pero la verdad es que ya aquella noche de los pies vacilantes, cuando por fin se dejó caer medio muerto en una cama verdadera con verdaderas sábanas, ya en aquel instante el coche había representado la garantía de una nueva fuga, en caso de que los dos hombres se mostraran más curiosos por la identidad del huésped. Y este había caído confiado en el sueño como si nadie jamás pudiese conseguir separar de su firme garra, que solo prendía la sábana, la rueda imaginaria de un volante.

El alemán, sin embargo, no le había preguntado nada, y el criado, si es que lo era, apenas lo miró. La desgana con que lo habían aceptado no procedía de la desconfianza sino del hecho de que ya no era un hotel desde hacía mucho tiempo, tanto tiempo como llevaba inútilmente en venta, le había explicado el alemán, y, para no tener un aspecto sospechoso, Martim había meneado la cabeza sonriendo. Antes de la construcción de la carretera nueva, los coches pasaban por allí y el caserón aislado no podía estar mejor situado como posada forzosa para pernoctar. Cuando se trazó y se asfaltó la nueva carretera a cincuenta kilómetros de allí, desviando lejos el curso de paso, todo el lugar murió y ya no había motivos para que nadie necesitase un hotel en la zona entregada ahora al viento. Pero a pesar de la indiferencia aparente de los dos hombres, la obstinada busca de seguridad de Martim se había anclado en aquel coche sobre el cual también las arañas, tranquilizadas por la inmovilidad barnizada, habían ejecutado su aéreo trabajo ideal.

Era ese coche el que en plena noche se había desarraigado roncamente.

En el silencio de nuevo intacto el hombre miraba ahora estúpidamente el techo invisible que en la oscuridad era tan alto como el cielo. Tendido de espaldas en la cama, intentó reconstruir el ruido de las ruedas con un esfuerzo de placer gratuito, porque mientras no sentía dolor lo que sentía de manera general era placer. Desde la cama no veía el jardín. Un poco de bruma entraba por las persianas venecianas abiertas, el hombre lo notó por el olor a algodón húmedo y por un cierto anhelo físico de felicidad que la niebla brinda. Entonces, había sido solo un sueño. Escéptico, sin embargo, se levantó.

En las tinieblas no vio nada desde el balcón y ni siquiera adivinó la simetría de los parterres. Algunas manchas más negras que la propia negrura indicaban el probable lugar de los árboles. El jardín no era todavía más que un esfuerzo de su memoria, y el hombre miró quieto, adormilado. Alguna que otra luciérnaga hacía más vasta la oscuridad.

Olvidado del sueño que lo había guiado hasta el balcón, al cuerpo del hombre le agradó sentirse saludablemente en pie; el aire suspendido apenas alteraba la oscura posición de las hojas. Allí permaneció aturdido, con la sucesión de cuartos desocupados tras de sí. Sin emoción aquellos cuartos vacíos lo repetían y lo repetían hasta borrarse donde el hombre ya no se veía. Martim suspiró en su amplio sueño despierto. Sin insistir demasiado, intentó alcanzar la noción de los últimos cuartos como si él mismo se hubiese vuelto demasiado grande y disgregado, y, por algún motivo que ya había olvidado, necesitase oscuramente recogerse, tal vez para pensar o sentir. Pero no lo consiguió, y estaba muy tranquilo. Así se quedó con el aire cortés de un hombre que ha recibido un golpe en la cabeza. Hasta que, como un reloj que deja de funcionar y solo entonces nos advierte de que antes funcionaba, Martim percibió el silencio y dentro del silencio su propia presencia. Ahora, a través de una incompreensión muy familiar, el hombre empezó por fin a ser indistintamente él mismo.

Entonces las cosas pasaron a reorganizarse a partir de él: las tinieblas se fueron deshaciendo, las ramas comenzaron a formarse lentamente bajo el balcón, las sombras se dividieron en flores todavía irresolutas; con los límites ocultos por la lozanía inmóvil de las plantas, los parterres se delinearon plenos, suaves. El hombre gruñó aprobador: con cierta dificultad acababa

de reconocer el jardín que en esas dos semanas de sueño había constituido a intervalos su irreductible visión.

En ese momento una luna desfallecida atravesó una nube con un gran silencio y en silencio se derramó sobre las piedras tranquilas, desapareciendo en silencio en la oscuridad. La cara del hombre, bañada por la luna, se dirigió entonces hacia la alameda donde el Ford estaba inmóvil.

Pero el coche había desaparecido.

El cuerpo entero del hombre despertó súbitamente. De un vistazo astuto sus ojos recorrieron toda la oscuridad del jardín y, sin un gesto de aviso, se volvió al cuarto con un leve salto de mono.

Nada se movía en el hueco del aposento que de puro oscuro se había vuelto enorme. El hombre se quedó jadeando, atento e inútilmente feroz, con las manos tendidas, como una avanzada para el ataque. Pero el silencio del hotel era el mismo de la noche. Y sin límites visibles, el cuarto prolongaba como una emanación la oscuridad del jardín. Para despertarse el hombre se frotó varias veces los ojos con el dorso de una de sus manos mientras dejaba la otra libre para la defensa. Fue inútil su nueva sensibilidad: en las tinieblas los ojos totalmente abiertos no vieron ni siquiera las paredes.

Era como si le hubiesen depositado solo en un campo y al final despertase de un largo sueño del cual habían formado parte un hotel desahuciado en un terreno vacío y un coche solo imaginado por su deseo, y sobre todo como si hubiesen desaparecido los motivos para que un hombre permaneciese expectante en un lugar que también era solo expectativa.

De lo real solo le quedó la sagacidad que le había hecho dar un salto para defenderse confusamente. La misma que lo llevaba ahora a razonar con inesperada lucidez que si el alemán había ido a denunciarlo tardaría algún tiempo en ir y en volver con la policía.

Lo que le dejaba aún temporalmente libre, a menos que el criado estuviese encargado de vigilarlo. Y en ese caso el criado, si lo era, estaría en ese mismo momento en la puerta de aquel cuarto con el oído atento al menor movimiento del huésped.

Así pensó. Y acabado el razonamiento, al que había llegado con la maleabilidad con que un invertebrado se encoge para des-

lizarse, Martim se sumergió de nuevo en la misma ausencia anterior de razones y en la misma obtusa imparcialidad, como si nada tuviese que ver consigo mismo, y la especie se encargase de él. Sin una mirada atrás, guiado por una escurridiza destreza de movimientos, empezó a bajar por el balcón apoyando los pies inesperadamente flexibles en los ladrillos salientes. En su atenta lejanía el hombre sentía cerca de su cara el olor malévolo de las hiedras rotas como si ya nunca lo fuese a olvidar. Su alma, ahora solo alerta, no distinguía lo que era o no importante, y dio a toda la operación la misma consideración escrupulosa.

Con un salto ágil, que obligó al jardín a retener un suspiro, se encontró en pleno centro de un parterre, que se estremeció y luego se cerró. Con el cuerpo en alerta, el hombre esperó a que el mensaje de su salto fuese transmitido de secreto en secreto eco hasta transformarse en un lejano silencio; su vibración acabó estrellándose en las laderas de alguna montaña. Nadie había enseñado al hombre esa complicidad con lo que sucede de noche, pero el cuerpo sabe.

Esperó un poco más. Hasta que no sucedió nada. Solo entonces palpó con cuidado las gafas en su bolsillo: estaban intactas. Suspiró con cuidado y finalmente miró a su alrededor. La noche era de una delicadeza grande y oscura.

2

Aquel hombre anduvo leguas, dejando el caserón cada vez más atrás. Procuraba andar en línea recta y a veces se inmovilizaba un segundo agarrando con cautela el aire. Como andaba en las tinieblas no podía ni siquiera adivinar en qué dirección había dejado el hotel. Solo su propia intención de andar en línea recta lo guiaba en la oscuridad. El hombre bien podría ser negro, de tan poco le servía la claridad de su propia piel, y solo sabía quién era por la sensación de los movimientos que hacía.

Con la mansedumbre de un esclavo, huía. Cierta dulzura se había apoderado de él, pero vigilaba su propia sumisión y de alguna forma la dirigía. Ningún pensamiento perturbaba su marcha constante, ya insensible, excepto, de vez en cuando, la idea poco clara de que quizás estuviese andando en círculos, con la

desconcertante posibilidad de encontrarse de nuevo ante las paredes del hotel.

Siempre, además del suelo que sus pasos tocaban, estaba la oscuridad. Ya había caminado horas, pudo calcularlo por sus pies hinchados de cansancio. Solo descubriría dónde se delineaba el horizonte cuando amaneciese y el día disolviese las brumas. Como la oscuridad todavía se mantenía tan pegada a los ojos inútilmente abiertos, acabó por concluir que había escapado del hotel no de madrugada sino en plena noche. Teniendo ante sí el gran espacio vacío de un ciego, avanzaba.

Puesto que no necesitaba los ojos, intentó andar con los ojos cerrados, porque por precaución general ahorra todo lo que podía. Con los ojos cerrados le pareció que daba vueltas alrededor de sí mismo con un vértigo no del todo desagradable.

A medida que caminaba, el hombre sentía en las narices aquella aguda falta de olor que es propia de un aire muy puro y que es diferente de cualquier otra fragancia que se pueda sentir, y eso le guiaba como si su único destino fuese encontrarse con lo más sutil del fondo del aire. Pero sus pies tenían la desconfianza milenaria de poder pisar algo que se mueva, los pies palpaban la blandura sospechosa de aquello que aprovecha la oscuridad para existir. Por los pies entró en contacto con ese modo de ceder y de ser moldeado que es por donde se entra en lo peor de la noche: en su consentimiento. No sabía dónde pisaba, aunque a través de los zapatos, que se habían convertido en un medio de comunicación, sentía la duda de la tierra.

El hombre no podía hacer nada más que esperar que la primera luz le revelase un camino. Mientras tanto podría dormir en el suelo, que, distanciado por las tinieblas, le pareció inalcanzable. Al no ser ya azuzada por el peligro había desaparecido la astucia, que ahora solo le resultaría un freno. Y de nuevo un torpor suave lo dominaba. El suelo estaba tan lejos que, al soltar el cuerpo, este por un instante experimentó la caída en el vacío. Pero apenas tocó la tierra que se había vuelto esquivo a los pies, cuando esta instantáneamente se desencantó para transformarse en algo resistente, cuyas duras arrugas estables parecían las del paladar de un caballo. El hombre estiró las piernas e inclinó la cabeza. Ahora que se había parado el aire se afilaba y dolía extremadamente limpio. El hombre no tenía sueño pero en la

oscuridad no sabía qué hacer despierto. Además no tenía nada mejor que hacer.

Para entonces ya se había acostumbrado a la música extraña que se oye de noche y que está hecha de la posibilidad de que algo cante y de la fricción delicada del silencio contra el silencio. Era un lamento sin tristeza. El hombre estaba en el corazón del Brasil. Y el silencio disfrutaba de sí mismo. Pero si la suavidad era la manera de oír en la noche, para la noche la suavidad era su propia espada, y en la suavidad se contenía toda la noche. El hombre no se dejó hechizar por las delicias que sentía en esa suavidad; adivinaba que leguas más allá la oscuridad sabía que él estaba allí. Se mantuvo, pues, al acecho, manteniendo bajo un estricto control los medios de comunicación de la noche.

Varias veces intentó ponerse en una posición más confortable. Tenía para consigo un cuidado impersonal, como si fuese un paquete. Pero debajo estaba el suelo definitivo, encima la única estrella, y el hombre se sentía desvelado por las dos cosas en vela en la oscuridad. A cada movimiento suyo, el rostro o las manos encontraban algo enérgico que después de empujado se revolvía con un leve golpe contra él. Palpó con dedos sabios: era una rama.

Un instante más y bruscamente el sueño lo asaltó en la posición más inesperada: con una de las manos protegiéndose los ojos y la otra apartando el follaje áspero.

El hombre durmió atentamente durante horas. Exactamente las horas que duró la formación de un pensamiento, cualquiera que fuese, porque ya no podía encontrarse más que a través de la sagacidad del sueño. Desde el momento en que cerró los ojos la vasta idea inarticulable empezó a formarse, y todo funcionó tan perfectamente que llenó, sin pausa y sin necesidad de retroceder una sola vez para corregirse, el sueño que él necesitaba para pensar. Mientras dormía no gastaba nada de lo poco en que se había convertido, pero extraía algo de su raza de hombre, y esto le resultaba confuso y satisfactorio. A través de esa cosa hecha de ruido él conseguía mucho: su boca estaba llena de buena y nutritiva saliva. Así, cuando el último paso de su futuro se completó, Martim se agitó en el duro suelo. Todavía no había abierto los ojos pero al sentir su propio entumecimiento se reconoció, y de mala gana supo que estaba despierto.